

jueces, segun puede inferirse de un pasage de Luciano (a), no solo tenian facultad para coronar á los autores de mayor mérito, sino que podian tambien castigar con pena de azotes á aquellos temerarios que se atrevian á entrar en tan respetable concurso sin los precisos requisitos. Providencia á la verdad muy util para el adelantamiento de las buenas artes, puesto que muchas veces vemos que callan los doctos, por no poder sufrir las voces de los ignorantes que les acompañan, y que los canoros cisnes quieren mas bien enmudecer, que ver confundido su canto con el graznido de las cornejas. Sé muy bien que, á pesar de todas estas precauciones, se veian alguna vez preferidos los Filemones á los Menandros, y honrados con la corona los que mas justamente hubieran merecido el castigo. Pero los defectos de algunos particulares en la adjudicacion de los premios, no pueden perjudicar á la prudencia del establecimiento nacional;

(a) *Ado. indoct.*

y el deseo del premio, el respeto á los jueces y el anhelo de obtener favorable sentencia ha estimulado mas á los ingenios superiores á perfeccionar sus trabajos, que les ha retraido de hacerlo el temor de una injusta sentencia.

De tanto aparato, pompa y celebridad resultaba á las letras una ventaja, que tal vez deberá juzgarse la mas importante, y era el grande aprecio que en toda la Grecia se hacia de las buenas letras, y el respeto que se profesaba á todos los que las exercian con felicidad. Y en efecto vemos que Anacarsis, Scita pobre, no poseyendo mas caudales que un poco de filosofia, esto solo le bastó para que el Rey Creso le prefiriese á los Magnates de Lidia; y que Esopo, aunque esclavo y de obscuro nacimiento, fué distinguido con la familiaridad de aquel Soberano, y honrado por los Atenienses erigiendole una estatua. Este mismo Rey de Lidia creyó no poder destinar mejor sus exorbitantes riquezas, que empleandolas en aquel tan magnífico banquete con que atraxo á su

Aprecio
que hacian
los podero-
sos.

Corte á los sabios mas célebres de toda la Grecia. Periandro, tyrano de Corintho, no quiso ser tenido por menos honrador de las ciencias, é imitando la noble generosidad de Creso, llamó por cartas circulares á todos los hombres sabios á su Corte, donde se celebró aquel convite tan famoso, que describió Plutarco. Polícrates, tyrano de Samos, trató al poeta Anacreonte, no solo como confidente, sino como su íntimo privado. Pisistrato y su hijo Ipparco dispensaban en Atenas con larga mano á los literatos los honores, que escaseaban á la primer nobleza. Geron, los Dionysios y otros Reyes de Siracusa poseidos de una cierta vanidad y soberbia, juzgándose superiores á los demas hombres, no respetaban ni á la dignidad ni al nacimiento, sino solo á la literatura. ¿Qué quadros y qué estatuas no dedicaban las ciudades en honor de los ciudadanos, que se habian distinguido en qualquier ramo de las buenas letras? Ahora, pues, si es cierto el dicho tan celebrado de Tulio, que las artes se alimentan de los honores,

y que los hombres naturalmente se aplican con mayor esmero á aquellos estudios que ven mas estimados, y abandonan los que son tenidos en poco; si las alabanzas y los honores ocupan mucho lugar en el corazon de todos, ¿quánto no habrán ocupado en los de aquellos que, como dice Horacio, no tenian otro anhelo que el de la gloria? Siendo hombres de una fantasia viva, de un corazon sensible y de un espíritu generoso, casi se veian violentados á cultivar aquellos estudios, que algun dia podian colmarlos de honores en presencia de toda la Grecia, y hacerles dominar en los animos de los mayores potentados. La aplicacion, el cuidado, las vigiliass, los sudores, la meditacion y el estudio se abrazaban con gusto, por la segura esperanza de tan lisonjeras recompensas, y las artes se adelantaban corriendo presurosas hácia su perfeccion. de los honores. Por El uso del teatro, que empezó á introducirse entre los Griegos, debió igualmente tener mucha parte en el adelantamiento de las letras, porque un teatro Teatro.

bien arreglado puede contribuir á la cultura de una nacion , no menos que las escuelas mas florecientes : ni temeré afirmar que deba tanto la literatura Francesa al gran Corneille , como al portentoso Cartesio , pues las instrucciones de éste serían solo para pocos filósofos y matemáticos , quando Corneille se hacia maestro de todos. Los doctos y el vulgo encuentran pasto para su entendimiento en un drama bien hecho ; y la finura de los conceptos, la delicadez de las expresiones , la propiedad de las palabras y el buen modo de pensar se va extendiendo , y llega por fin á penetrar hasta el infimo vulgo. Y quando se comunica universalmente el buen gusto á toda la nacion , es muy facil que los ingenios sublimes hagan maravillosos progresos : un paso sobre sus compatriotas los eleva muchos grados sobre el resto de los hombres. Por lo qual debe causar no poca admiracion , que el misterio de las naciones cultas no tome con mas empeño el procurarse un buen teatro , y formar de este modo una escuela para el pueblo,

blo, en la qual, mejor que en ninguna otra, se pueda cumplir el precepto de Horacio de juntar lo util con lo deleytable. Asi lo hicieron los Griegos , y singularmente los Atenienses. El teatro de Aténas estaba al cuidado de los principales magistrados ; y el pueblo se interesaba tanto en las representaciones teatrales , que al oír la *Toma de Miléto* de Frinico se anegó en lágrimas , y por la representacion de las *Eumenides* de Esquilo y de la *Andromeda* de Eurípides creyó verse sujeta á enfermedades y á las mayores desgracias ; y pasó tan adelante en esta parte el empeño de los Atenienses , que merecieron la acusacion de Justino (a) , porque expendian las rentas públicas en poetas , en actores , en teatros y en diversiones cómicas , asistiendo con mas frecuencia á los teatros que á los exércitos. Cuya pasion , si por el exceso pudo tal vez producir algun perjuicio al estado político de Aténas, tambien es cierto que acarreó grandes ventajas á su lite-

ratura, puesto que habiendo sido los Atenienses de los últimos pueblos de la Grecia que abrazaron las letras, se hicieron en poco tiempo tan superiores á los demás Griegos, quanto se distinguian estos de las otras naciones. Y he aquí quantas causas se juntaron felizmente para contribuir al adelantamiento de la literatura Griega. La bondad del clima y situación de la Grecia, las concurrencias públicas, las fiestas y los certámenes literarios, los premios y honores concedidos á las letras, la regularidad de las diversiones teatrales, todo contribuyó á la cultura de aquella nación afortunada.

Publicidad
de los estudios.

A todos estos motivos, que pueden llamarse auxilios extrínsecos, procuraré añadir otros tomados de la misma naturaleza de los estudios de los Griegos, para lo qual será conveniente hacer un breve cotejo con los de otras naciones. En primer lugar vemos, que en Asia y en Egipto eran los Brachmanes y los Sacerdotes los únicos depositarios de la filosofía y de toda la sabiduría de sus compatriotas: obscuros

ros velos de misterios incomprendibles ocultaban á los ojos del pueblo los superficiales conocimientos, que las pocas personas que los poseían procuraban se tuviesen por profundos. Las ciencias, qualesquiera que fuesen, eran hereditarias en las familias, pasando de padres á hijos como un sagrado depósito. Los hijos se creían bastantemente doctos solo con entender las opiniones de sus padres; y el penetrar el oculto sentido de sus enigmáticas expresiones, era el último grado de erudición á que podía aspirar la curiosidad más ingeniosa; pensar en acrecentar el fondo de los conocimientos heredados, lejos de merecer elogios, se hubiera tenido por un sacrilego atrevimiento digno de reprehension. La obscuridad y el misterio nacen de la ignorancia, y no producen más que altivez y desidia, mortales enemigos de la verdadera sabiduría. Las ciencias cubiertas con tantos velos, ¿qué pasos podían dar hácia su perfección? Al contrario los Griegos, lejos de sujetar las ciencias á una clase de personas, dexaban á todos la libertad

tad de cultivarlas. El campo de las letras estaba abierto para todos: un carpintero se hacia filósofo al tiempo mismo que el hijo de un alfarero poeta, y los talentos y el genio tenían sueltas las riendas para correr por el camino que mas les acomodase. ¡Quántos Arquímedes y quántos Ipparcos, que perdían las ciencias en Asia y en Egypto, se criaban en Grecia á la sombra de la libertad! Los derechos exclusivos siempre son duros, pero en el imperio intelectual son tyránicos, y no pueden introducirse sin daños irreparables. Las artes, patentes á todos en Grecia, no sufrían el velo de los misterios, y los doctos Griegos que las habían aprendido, en vez de ocultarlas al pueblo, hacían vanidad de enseñarselas. En los pórticos y en las plazas se oían lecciones públicas, y en todas las ciudades había no una, sino muchas escuelas famosas. El pueblo culto, é instruido, no quería tributar su veneración á enigmas que no entendía; amaba la verdad y la belleza en las ciencias y en las artes, y respetaba á aquellos, que mejor sabían pro-

ponerselas. De aqui nació que los Griegos estudiosos, poseídos del amor á la gloria, no se satisfaciesen con aprender el sentido de los oscuros symbolos y de las palabras confusas, sino que corriesen en busca de la verdadera sabiduría, y procurasen hacer progresos en las artes y en las ciencias. Los Emperadores Adriano y M. Aurelio, y posteriormente Carlo Magno y sus sucesores no pudieron hacer que se restableciesen las letras decaídas, por mas que concedieron premios y honores, procuraron diferentes estímulos, y aplicaron todo su imperial poder á tan loable fin. Despues veremos las causas que retardaron los progresos de las ciencias en tiempo de Carlo Magno; ahora solo digo, que la obscuridad de la doctrina que profesaban los filósofos de Adriano, los teólogos de Carlo Magno y otros posteriores, los misterios platónicos y las tinieblas peripatéticas produxeron su efecto, que fue cerrar el camino á la verdad, y sostener en el sòlio á la ignorancia dominante.

Tuvo tambien la literatura Griega otra
Tom. I. K ven-

las ciencias
con las buenas
letras.

ventaja sobre la de las demas naciones , y fue la de haber unido las buenas letras con las ciencias , lo que no supieron hacer ni los orientales ni los escolásticos. Los estudios utiles se enlazan entre sí , y manteniendose unidos con un vínculo muy estrecho, no pueden conservarse si no se sostienen mutuamente. La razon depende del socorro de la imaginativa mas de lo que comunmente se cree, y si los filósofos quieren hacer progresos, es preciso que, cediendo de su natural severidad , admitan á su lado á los poetas ; quando la imaginacion duerme, la razon no puede hacer mas que soñar , y quando no se aprecian las buenas letras las ciencias se ven ocupadas en vanos fantasmas y en fútiles impertinencias.

Originalidad.

Cotejando despues los progresos de la literatura Griega con los que ha hecho la moderna en tiempos mas ilustrados y cultos, creo poderse encontrar una notable ventaja en la originalidad, digamoslo asi, de los estudios de los Griegos, los quales , siendo por la mayor parte inventores de las buenas artes , no tuvieron necesidad de auxilios for-

rasteros. Si reflexionáramos un poco sobre nuestra educacion , veriamos que toda ella se reduce á hacernos conocer el merito de los buenos exemplares ; y á formarnos imitadores hábiles de los modelos antiguos. Se consumen los primeros años de nuestros estudios en aprender lenguas extrangeras, y en ir tras molestas investigaciones de recóndita y á veces inutil erudicion. La memoria es casi la unica potencia que se cultiva en la educacion juvenil ; la razon y la imaginativa están ociosas , y se tienen como reservadas para la edad mas madura. Por otra parte nos dedicamos á estudios de naturaleza entre sí muy diferente ; lenguas muertas y aun lenguas vivas , pero de naciones extrangeras y diversas , antigüedad de los tiempos remotos y medios , mitologia é historia , noticia de libros antiguos y modernos , reglas de Gramática , Retórica y Poesía , ciencias naturales y divinas, eclesiásticas y profanas, y tanta variedad de materias , de idéas , de palabras y de opiniones nos ocupan demasiado, y nos hacen vagar é ir errantes sin poderlos fixar en parte

te alguna. Entre los Griegos no se conocían tantos estudios, y su atención se dividía entre pocos objetos: el estudio de las lenguas estaba reducido á pulir mas y mas la nativa, y á saber usar de sus riquezas; y en vez de consumir el tiempo y el trabajo en adquirir palabras desconocidas, se aplicaban unicamente á imprimir bien las cosas en el entendimiento, y á buscar las imagenes que las expresasen con mayor viveza. No eran aun muchos los libros que debían leerse para parecer eruditos, y el tiempo que nosotros tan liberalmente gastamos en el estudio de los preceptos, ellos lo empleaban en la observacion de la naturaleza. Homero para describir una borrasca cantaba lo que veía en el mar Egéo; y Apelles pintaba una Venus trasladando á la tabla las delicadas facciones de la gentil Laide, que tenia presente. Las grutas y las olas de la mar eran las escuelas del arte retórico del gran Demóstenes. Y asi no fatigandose mucho la memoria, obraba la imaginacion con mas vigor; la mente, no distrayendose con la variedad de las indagaciones, se em-

empleaba toda en el objeto que se proponia; no ocupandose con exceso en la lectura, dexaba mas lugar á la reflexion; y estudiando la naturaleza en sí misma, antes que en los libros, podía sacar mas vivas sus formas, y mas parecidas las imagenes.

Para corroborar esta opinion será del caso observar la decadencia del buen gusto de los mismos Griegos, los cuales empezaron á verse privados de obras excelentes; quando conocieron los preceptos del arte, se dieron á la imitacion, y desearon ser eruditos. Isócrates quiso tener una escuela para enseñar el arte oratoria, que no podía exercer en el foro; y puntualmente sus discípulos debilitaron y corrompieron la verdadera eloqüencia, por querer ser sobrado metódicos y exactos en la oracion.

„ Añade (dice Longino (a) hablando de un
 „ rasgo fuerte y vehemente del gran De-
 „ móstenes) añade por gusto á este pasa-
 „ ge las travas de las conjunciones, como
 „ lo acostumbran los discípulos de Isócra-
 „ tes;

Continua-
cion.

(a) Cap. XVII. q. III. del II. tomo

„tes; y al punto conocerás que aquel ím-
 „petu rápido y vehemente, que conmueve
 „los afectos del animo, si le debilitas con
 „las conjunciones, quedará sin fuerza y
 „extinguido. “ Lo que manifiesta que aun
 en sentir de Longino, la escuela de Isócra-
 tes con el estudio y el arte debilitaba el vi-
 gor de la naturaleza, y enervaba la fuerza
 de la eloqüencia. ¿Y quién no sabe que fal-
 taron poetas y oradores en el punto mismo
 que Aristóteles escribió el arte Retórica y
 Poética con tanto ingenio y doctrina? El
 haber de aprender las reglas del arte, el re-
 cibir preceptos, el estar sujeto á las leyes
 que otro quiere imponer, parece que lle-
 va consigo un cierto espíritu de esclavitud,
 incompatible con las ideas generosas y pen-
 samientos sublimes, que son los que exi-
 gen las obras maestras de las buenas artes.
 Winkelmann atribuye la decadencia del
 arte á haberse introducido entre los Grie-
 gos la imitacion, porque ésta, como él di-
 ce, (a), „limíta y deprime la imaginativa;
 „quan-

(a) Tom. II. lib. VIII, cap. III.

„quando no se puede superar á Praxiteles
 „y á Apeles, tampoco se logra igualarlos;
 „el imitador siempre queda inferior al ori-
 „ginal. “ Yo no dudo que Dion Crisóstom-
 o y Diodoro Sículo fueron mas erudí-
 tos que Erodoto y Demóstenes; pero el ir
 divagando en busca de erudicion, perjudi-
 caba á la belleza del estílo y á la fuerza de
 su eloqüencia. Por lo qual si el estudio de
 los preceptos, el deseo de imitar y el amor
 á la erudicion acompañaron, ó precedieron
 entre los Griegos á la decadencia del buen
 gusto, con alguna razon podremos noso-
 tros por lo contrario atribuir á la origina-
 lidad de los estudios, los maravillosos pro-
 gresos, que entre ellos hicieron las buenas
 artes. Pero baste lo dicho acerca de esta cu-
 riosa investigación, en la qual buscando
 una causa de los gloriosos progresos de la
 literatura Griega, temo haber expuesto de-
 masiadas para molestar á los lectores, sin
 que ninguna de ellas sea capaz de satisfacer
 su curiosidad.